

SUSO MOURELO

En el barco de Ise

Viaje literario por Japón



Colección MERIDIANOS, 4

© Suso Mourelo, 2017, 2026

© De esta edición, Festina Lente, Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo, 2017

Primera edición en este formato: mayo, 2026

Publicado por LÍNEA DEL HORIZONTE

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lineadelhorizonte.com

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Diseño de la colección y cubierta: Joaquín Gallego

Cartografía: © Eduard Dalmau

Fotografía de cubierta: *Mujer en un café estilo japonés*, © Image navi - QxQ images / Alamy

ISBN: 979-13-991425-9-4 | Thema: WTL; 1FPJ | Depósito legal: M-8814-2026

Imprime: Estugraf | Impreso en España



Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión
forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

SUMARIO

1. El comienzo	13
2. Tokio sin Dazai	15
3. Okinawa en el rumor del oleaje	24
4. Osaka de calle	40
5. La llave de Eros	57
6. Kobe con sombras	66
7. Viaje al oeste	72
8. Hiroshima en la vida	76
9. El tren de Sôseki	93
10. Tottori entre las dunas	99
11. El cuentista de Matsue	106
12. Tren nocturno de la Vía Láctea	111
13. País de nieve tras el túnel	114
14. Arashiyama en bambú	131
15. Trazos de Kioto	137
16. En el barco de Ise	157
17. La casa de la diosa	168
18. Tokio en canal	180
19. Haiku del adiós	191

A Izumi

Si algo caracteriza a los viajes largos es traer algo muy distinto de lo que se iba a buscar.

NICOLAS BOUVIER, *Crónica japonesa*

Suena en el cuaderno un narrador:

«Voy a animarme a seguir escribiendo historias mientras escucho como cae, incesante, la lluvia de primavera».



1

EL COMIENZO

Llega en ocasiones durante el viaje un momento en que se produce una embriaguez: el desapego. Un tiempo en que el alma flota y los pies se aligeran. El pasado se empequeñece y el futuro no existe. Solo lo que ocurre cuenta. Aparece tras tiempo de alejamiento, de abandono de los rituales. Tras oír docenas de voces ajenas y escuchar la de uno mismo. A veces sucede en un lugar hermoso, en un barco o en un tren, y siempre alcanza al peregrino en soledad. A mí me invadió en Tottori, una ciudad deslavazada e impersonal, de camino a un mar de dunas.

Me había levantado tarde, vencido por la deuda de sueño contraída en Hiroshima. Tomé té con mandarinas y salí a la mañana. La vida andaba a cámara lenta, a paso de domingo. Los rostros danzaban como hermosos fantasmas de un sueño.

Oí una canción.

Era yo quien cantaba. Me habían contado que las melodías salen solas en momentos de miedo. Acababa de descubrir que también ocurre al contrario.

Estaba en Japón y aún lo haría el tiempo suficiente para no calcular cuánto. El único pensamiento era acudir a las páginas de una novela, a tocar las dunas en las que Kôbô Abe parecía haberse inspirado para escribir una historia asfixiante, *La mujer de arena*.

Alancé el autobús, pero no subí. Demoré el destino, los momentos que llegarían. Me entretuve y perdí el tiempo para ganarlo.

Tras el escaparate de una cafetería una madre habla y toca a su bebé. En una esquina una chica chatea. En otra mesa un adolescente juega en el móvil.

Mi equipaje era un cuaderno en el que había anotado párrafos del tiempo en Okinawa, la vida en Osaka, el regalo de Matsuyama. La brújula, huellas borradas, los espacios en los que Ueda Akinari, Natsume Sôseki, Junichirô Tanizaki, Masuji Ibuse, Yasunari Kawabata, habían situado sus relatos.

Los pies han dejado de pesarme.

La canción vuelve a sonar sola.

Voy a buscar la arena de la mujer de arena.

TOKIO SIN DAZAI

Una ráfaga de viento. Dos niñas dejan las mochilas e intentan en vano atrapar florecitas que llueven. Ríen: las flores que tocan el suelo no valen.

Hay un parque lineal en Asagaya, uno de los mil barrios de Tokio, donde a finales de marzo la gente va de *hanami*: la contemplación de los cerezos en flor.

Bajo los árboles caminan ancianos, colegiales, familias y parejas. Algunos se sientan en un poyete frente al río o tienden lonas sobre la hierba. En uno de esos lienzos unos jovencitos han dispuesto pasteles blancos en un homenaje a las flores. Nadie grita, nadie escandaliza: en un anuncio de lo que será Japón, al extranjero le asombra la quietud, esa pulcritud en el cumplimiento de lo establecido. Los asistentes comen *onigiri*, bolas de arroz, y dulces preparados para el festival. Los niños beben zumos y los viejos, sake. A los parques acuden millones de personas a disfrutar de la belleza. Este año soy una gota en la marea.

Hay tantas posibilidades de conocer sin salir de casa que todo lo que se observa resulta visto. La vista es la mentira. Existe algo, más allá de la idea de lo advertido, que solo se alcanza cuando se está en el lugar.

—¿Cómo planeaste tu viaje?

No hubo un plan para contemplar *sakura*, los cerezos en flor, fue la posibilidad quien eligió la fecha.

A la orilla del río Zempukuji, sobre cuya piel se pasean los árboles, la multitud asiste a un espectáculo que los poetas han cantado durante siglos. Nombres ya sagrados y voces como la de Kanoko Okamoto, una mujer que hace un siglo se enfrentó a los convencionalismos formales y sociales.

*shin sin to
sakura kakomeru
yoru no ie
totsu to shite piano
nari ide nikeri*

*Guardan de noche
los árboles en flor
una vivienda.
De pronto en la quietud
suena la voz del piano.*

—¡Canpai! —Alzo la copita de sake.

Akiko fue periodista. Escribía crítica literaria y textos sobre religiones en publicaciones especializadas. Hasta que internet inundó el papel y sus artículos naufragaron: nadie dedica ya a un texto el esfuerzo que ella volcaba. Ya no hace falta saber demasiado para escribir, el lector no exige porque no paga y sin demanda, la calidad se esfuma.

Así resume Akiko el cambio de su antiguo oficio, la razón por la que se ha convertido en profesora de japonés. Sus alumnos son europeos, chavales que pasan cuatro o seis semanas en Tokio.

—Casi todos vienen a estudiar porque son seguidores del manga. Muchos son fanáticos, *otaku*. Vienen a estudiar la lengua en la que se crean estas historias y a ver el país en el que tienen lugar. Resulta curioso, ¿verdad?

Cómo asombrarme si descubrí Japón con las ilustraciones del *ukiyo-e*; cómo extrañarme si este sake y estas flores son una invitación, la consecución del deseo, de Kawabata y de Akinari, de los pobladores de esas historias que han convertido mi estantería en un bosque.

En mi plan no existían los cerezos, pero los narradores y una mujer han querido regalarme su hospitalidad.

Una chica se pone de puntillas, alarga el brazo y toca una flor. Su gesto forzado no sorprende a nadie. Su amiga le hace una foto.

La tarde se desvanece en los ojos, ya en penumbra, de los paseantes. Cuando todo es sombra vierto la curiosidad en los alrededores de la estación de Asagaya. Las salidas escupen gente que se desparrama, en un ballet urbano, por los cuatro puntos cardinales. De ese movimiento sale un rumor, una voz quieta que se esfuma en la distancia; a veces reaparece, mutada, en un taconeo urgente.

De la estación parte una calle en dos sentidos, sinuosa y estrecha. Al oeste derrama bares, tienditas y luces, restaurantes diminutos con comensales solitarios y grupos de colegas; y lo que Akiko llamó los restos del *red-light district*, cristales velados y carteles de mujeres, también sinuosas, al reclamo de *Girl's y Love-la*. Al este, más apagado, el camino se alumbra de vez en cuando con una casa de comidas o un *convini*, las tiendas de conveniencia.

En una taberna de madera, en la estancia del fondo, el cocinero fuma sentado. Aguarda y las volutas densas que expulsa se quedan junto a él.

Me siento en el taburete de una *izakaya*. No hay clientes y el cocinero aguarda tras el antepecho atiborrado de botellones de sake; ese muestrario lo separa de la salita en la que se abre, a un lado, una plataforma de tatami y, al otro, un inmenso mostrador de madera.

Poco a poco llegan los habituales, hombres solos que se sientan en la barra y a quienes la mujer, una anciana que se mueve con destreza, trata con familiaridad y palabras escasas. El cocinero comienza su tarea y la taberna se va animando. Los clientes comen raciones de pescado y pinchos de carne, alguno fuma, y de vez en cuando hablan con la mujer.

Abandono la casa, llena ya de olor. La bajamar ha llegado a la noche y las olas de gente se han vuelto tímidas. Los restaurantes de comida rápida han cerrado, y algunas empleadas se apresuran a meter mesitas y carteles. Al verlas pensé que corrían para no perder el tren, pero el tiempo me explicaría que solo era diligencia en la tarea.

Había ido a un parque a ver flores en las ramas cuando mi único destino en la ciudad yacía lejos de allí, en el canal en el que un narrador salvaje, Osamu Dazai, se había quitado la vida al cuarto intento.

Tampoco iba a ir a Akihabara, pero en los viajes conviene borrar los mapas.

Una mujer se sienta en un banco con las piernas cruzadas. La falda oculta el banco y deja aire entre el suelo y la mujer, como si esta flotara para escapar del trajín que estalla tras ella.

Existen tantas formas de aproximarse a un lugar como viajeros y estas se mueven entre dos extremos, una pausada y otra a bocajarro. Había previsto pasar los primeros días en Tokio, donde volvería tiempo después, sin citas ni deberes, solo con ese canal de Dazai como anhelo. Pensé que, para entrar a una ciudad tan impetuosa, un nudo de más de trece millones de personas, convenía ser primero *flâneur* y, tras recorrer el país, ya contaminado, lanzarse en canal a por su corazón.

Entonces se cruzó Wataru. Wataru acababa de licenciarse en Sociología y estudiaba inglés y español para conocer la historia desde otros puntos de vista. Preguntó si quería ir a algún lugar, tal vez Shibuya. Shibuya es un destino conocido y multitudinario. El recién llegado asintió como salvoconducto: quería ir sin compañía al parque de Dazai y cualquier lugar servía para preservar esa próxima visita en soledad. En Shibuya podíamos vagar por alguna

calle secundaria, algún lugar donde encontrar a Kiyooki Matsugae, aunque llegáramos con cien años de retraso.

Para pisar cualquier calle antes hay que salir de la estación y en Shibuya esa acción arrolla cualquier expectativa. Encaramados a un puente contemplamos la imagen, mil veces vista pero impresionante, en que una multitud de peatones cruza e inunda el espacio en una diástole perfecta. Inevitablemente, ese teatro de vida, esas aurículas que escupen y absorben gotas de humanidad a cada latido de semáforo, golpea el cerebro del espectador.

Le pedí a mi amigo que por un rato no habláramos, que solo sintiéramos ese movimiento que contemplado a trocitos semejaba el caos y desde el cielo, la armonía. No imaginaba entonces que, mucho después, iría una y otra vez frente a una estación, Ikebukuro, a un café en una tercera planta, a divisar millares de siluetas en un cruce sin fin.

Para eso faltaba mucho. Todo el viaje. Los nombres, los sentimientos y los pasos que era incapaz de concebir. Ahora solo podía ser testigo, un observador como Shigekuni Honda, el protagonista externo de la tetralogía de Yukio Mishima *El mar de la fertilidad* (*Hôjô no umi*).

—¿Qué te interesa de Shibuya?

—Kiyooki Matsugae. Pero creo que no podría encontrarlo en este nuevo Japón.

—¿Cuándo conociste a Mishima?

¿Cuánto tiempo cabe en más de treinta años? Cuando era aprendiz de escritor paseaba entre puestos de libros de segunda mano. Una mañana compré *Música para camaleones* y agoté mi presupuesto. En una mesa brillaba un librito, *El marino que perdió la gracia del mar*, un título que era un poema y una incitación. El nombre del autor también tenía música. Y una rara leyenda.

El 25 de noviembre de 1970 Yukio Mishima acudió a un cuartel con sus seguidores de la Sociedad del Escudo, la milicia ultranacionalista que había creado para devolver Japón a la

tradición. Tomó el edificio, lanzó una arenga a los soldados desde el balcón y cometió *seppuku*, el suicidio ritual que le asimilaba a sus antepasados samuráis.

Horas antes había enviado a su editor el manuscrito de *La corrupción de un ángel* (*Tennin gosui*), el último tomo de la tetralogía. La obra, que se extiende a lo largo del siglo xx, muestra la obsesión del autor por un tiempo pasado y por la irreversible influencia occidental en un mundo que dejaba de existir. El testigo de ese transcurrir del tiempo es Shigekuni Honda, que sobrevive a los otros protagonistas. El primero es su amigo Kiyooki Matsugae, enamorado de una joven perteneciente a una familia venida a menos; es un personaje idealista, con rasgos del autor, que muere en la trágica historia de amor que abre la serie.

—No lo he leído.

—Creo que los jóvenes de tu país no leen mucho a Mishima.

—Según las estadísticas, el setenta por ciento de los jóvenes no lee un libro al mes, lo que significa que, en realidad, no lee un libro al año.

Wataru no contesta de forma directa. Sorprendido porque un extranjero pueda interesarse por ese autor que muchos han querido olvidar, se disculpa por no conocer las obras. Wataru no ha venido muchas veces a este corazón salvaje de pantallas gigantes y luminosos, de restaurantes y *gyaru*, esas chicas que han hecho de la pose y la apariencia su cotidianidad, y que se exhiben por las grandes estaciones y avenidas.

Entre el océano de la multitud cruzamos por calles modernas, algo impersonales, que se ríen del mundo que Mishima quería preservar. Wataru es también, aunque de otro modo, distinto a tantos jóvenes que pisan las calles.

—Me interesa la información. Leo periódicos de papel y medios de internet para tener una visión más amplia. Japón es un país tecnológico y ha sido de los primeros en apartarse de la prensa. No tengo tele, la información es sesgada, en muchas ocasiones

propagandística; está dirigida por los políticos y es insuficiente para explicar la realidad.

—¿No lees manga?

—Bueno, soy un poco raro. Pero podemos ir a un lugar relacionado con eso.

Esas palabras nos llevaron a Akihabara, donde alrededor de una concentración de tiendas de electrónica se ha creado un mercado, o un mundo, en torno al manga y el *anime*. Miles de adolescentes, muchos extranjeros, se afanan en entrar en los edificios donde se expende su parafernalia.

En las esquinas, jovencísimas *cosplayers* (de *costume* y *roleplay*), chicas caracterizadas como personajes, invitan a visitar las tiendas y los cafés temáticos en los que se venera a los protagonistas y se habla de las series con referencias que solo los fans pueden descifrar.

Bajo una carpa enorme unas cantantes, la banda oficial de una serie, interpretan el tema principal ante una concentración de chiquillas. Todo forma parte del espectáculo y es marketing en un círculo virtuoso. A la entrada del recinto cinco chicos muy delgados, con idéntico *look*, tal vez distinto para los iniciados, bordean la coreografía y cumplen su parte del engranaje.

Una adolescente con pijama y chubasquero reparte publicidad para un café. Alguien va a tomar una fotografía. Ella agacha la cabeza y se cubre la cara con los folletos.

—¿Sabes cuál es su personaje?

—Lo siento. Este mundo no me atrae mucho. Me interesa más la política, principalmente de Europa y de Estados Unidos.

—¿Trabajarías fuera de tu país?

—Me gustaría, aunque mi madre no quiere. En eso no soy único. Desde que estalló la burbuja, los salarios son bajos y hay desempleo. Muchos jóvenes quieren irse fuera; los jóvenes están desencantados de los políticos. Japón es un país en cambio.

En el paseo salpican los contrastes, las contradicciones de esta tierra tecnológica y antigua donde bajo los cimientos de un rascacielos se refugia una casa de madera; donde a pocos metros de un templo que huele a incienso se anuncia el *love hotel Romantica Scent* con camas giratorias; donde una anciana en kimono se cuele en el *selfie* de una *gyaru*; donde un robot baila en un escaparate frente a una fila que espera para comprar *ramen* tradicional; y donde un moderno Matsugae detiene su Lamborghini ante un *sentô*, una casa de baños.

Hay dos japoneses: uno que ha entrado a todo vapor en la evolución universal del progreso y otro que, por razones políticas interiores y por inercia, quiere permanecer unido a la primitiva tradición. Este espectáculo contradictorio y paradójico no puede durar.

Me pregunto cuánto de lo que escribió hace casi un siglo el novelista Vicente Blasco Ibáñez, tras su viaje alrededor del mundo, sigue siendo válido.

Mutar no es fácil. Menos aún para un país con una población enorme y con una cultura poderosa, cincelada en gran medida en el alejamiento de otros países. En el siglo XVII el clan Tokugawa, uno de los más poderosos de la historia, unificó el país y ordenó la expulsión de los curas católicos por miedo a que sus ideas influyeran en la ideología del pueblo y a que su presencia fuera la avanzada de una colonización. Se clausuraron los viajes al exterior y se cerraron las islas a los extranjeros, salvo la misión comercial holandesa. En 1853, tras doscientos años de aislamiento, la costa próxima a Edo presenció la entrada de una flotilla de *kurofune*, enormes barcos negros que apuntaban con cañones largos como chimeneas. La llegada del Comodoro Perry, con la exigencia de abrir a Estados Unidos las fronteras y el comercio, supuso el final de la clausura. Y el principio del cambio.

Un siglo más tarde el orgullo japonés se sintió desgarrado por segunda vez. La Segunda Guerra Mundial trajo, además de

destrucción y muerte, la tutela estadounidense del país y la definitiva influencia occidental. Mutar no es fácil, pero el salto que dio Japón en un puñado de años, cuando todos los habitantes se lanzaron a sacar el país adelante para convertirlo en una potencia, aunque eso significara el sacrificio personal, enseña algunas cualidades de sus pobladores.

Esos pobladores van a ser el domicilio de mis miradas; sus palabras, el rumor de mis oídos. Ahora solo deseo vagar. Ser vagabundo, como los monjes y los poetas, antes de partir a donde empieza el viaje.

3
OKINAWA EN EL RUMOR
DEL OLEAJE

Un pescador jubilado apila caracolas en una mesa. Dos chicas colocan en el mostrador cabezas de monstruos marinos.

Bajo una cubierta translúcida se abre el laberinto de delicias de Naha, frutos que los viejos arrancan a los huertos. En los puestos las hortalizas se alternan con dulces y carne de cabeza de cerdo envasada con forma de cabeza de cerdo. Alguien vende zumos de mango con semillas gruesas que, al sorber, se catapultan a la garganta.

Bajo ese techo estalla una competición de los sentidos. Huele a raíces y especias, a ahumado y calma. Suena un *sanshin*, el laúd de tres cuerdas de la isla. Cuatro puestos alineados exhiben sujetadores extendidos y rellenos, como espejo tentador de los puestos de frutas.

En el centro del mercado hay una estufa fría donde el verano no cabe y solo entran millones de peces. Pescados con piel de arcoíris y rostros horriblos y preciosos. Vieiras, ostras, carabineros descomunales, hechuras que no existen en otros mares. La gente busca y no se afana.

Tal vez haya equivocado mi destino y los *kanji* del billete en los que creí leer Okinawa significaban Arcadia. La Arcadia tiene gusto a molusco y textura de escamas; sus gobernantes son viejos que hablan suave y muchachas cuyas manos danzan. Aún hipnotizado vuelvo al recinto exterior donde un hortelano, el nonagenario Shouichi, sentado en su silla de playa, mira la vida tras su mercancía como si nada importara. O porque nada importa.

Una vendedora pela gobo, raíz de bardana, con destreza. Cuando acaba de limpiar un palo lo lanza, sin fallar, a un balde con agua. Inmediatamente empieza con otro.

Me siento en un banquito a la puerta de un café diminuto.
Abro un libro:

Un día, cuando Yasuo presumía de que Terukichi lo adoptaría como marido de su hija Hatsue, Shinji optó por un, para él, infrecuente modo de venganza. Le preguntó a Yasuo si tenía una foto de Hatsue.

—Claro que la tengo, —respondió de inmediato Yasuo.

Shinji supo que era mentira y su alma se colmó de alegría. Poco después, Yasuo le habló con indiferencia.

—¿También tú tienes una? —preguntó.

—¿Una qué?

—Una foto de Hatsue.

—No, yo no tengo ninguna.

Esa fue, probablemente, la primera mentira intencionada que Shinji pronunció en su vida.

—¿Qué te interesa ver en Okinawa?

Esa fue la primera pregunta que me hizo Reiko, cuando le conté que seguía novelas.

—Unten —le dije—, el puerto al que llega el Utajima Maru, el barco en el que viajan Shinji y su rival en el amor, Yasuo, en *El rumor del oleaje*.

—Pero la novela no se desarrolla en Okinawa sino en una pequeña isla, en la bahía de Ise.

—Antes me gustaría conocer el lugar donde un tifón pone la vida de los marineros en peligro.

—Muy bien, podemos ir un día.

¿Cómo explicar que todos los lugares me interesan, pero los que me reclaman son sensaciones o caprichos? ¿Cómo contarle

que sin esa cartografía de Mishima tal vez su preciosa isla no figurara en mi mapa?

Okinawa guarda varias famas: la de paraíso tropical, la de la longevidad, la que le tatuaron las bases norteamericanas y la que le dieron las guerras perdidas. Todo se debe a su emplazamiento en el mar de la China Oriental, escorado al sur y más próximo a Taiwán que al resto de Japón, cuya isla más cercana, Kyûshû, yace a más de seiscientos kilómetros. Durante centurias esta isla no perteneció al País del Sol Naciente. Hace seis siglos un rey, Shô Hashi, unificó Okinawa, repartida hasta entonces bajo tres dinastías, y creó con otras islas el Reino de las Ryûkyû. Un párrafo en la novela de la historia, una novela llena de batallas.

A la expedición japonesa de 1609 organizada por los Shimazu, uno de los clanes que controlaban Japón, no le supuso esfuerzo conquistar el reino. En esa época el país era una amalgama de feudos y un tablero de clanes con un regente, el *shogun*, que ostentaba el poder y docenas de soberanos feudales, los *daimio* que se repartían el territorio en un equilibrio alterado por las guerras civiles. La expedición se pudo llevar a cabo por dos motivos: el primero, para evitar que el clan se rebelara contra el shogunato Tokugawa; el segundo, para castigar a los isleños por no haber proporcionado avituallamiento y ayuda a los japoneses en su ataque contra los chinos. Hasta entonces los habitantes vivían del comercio con China y esta incursión aumentó el tráfico con Japón, pero colocó al reino bajo control externo. La anexión total se produjo a fines del XIX, en la era Meiji, cuando la modernización reafirmó la capitalidad en Tokio y los *daimio* tuvieron que entregar el control de las tierras al Emperador.

La historia me la cuenta Reiko en el empedrado que lleva al Shurijo, la fortaleza de aquella familia real situada en Shuri, la vieja capital. La desgrana despacio, mientras circulamos por una carretera ascendente, una cicatriz en el vergel de Naha.